

haber oído y observado á esos ancianos , que ocupados todavía con sus recuerdos y agitados con sus propias impresiones , nos revelan cual fué el espíritu y carácter de los partidos y nos enseñan á comprenderlos. Acaso el momento mas á propósito para escribir la historia es aquel en que van á desaparecer los actores que figuraron en ella , por que se puede aprovechar su testimonio sin tomar parte en todas sus pasiones.

Sea como quiera , yo he procurado apartar de mí todo sentimiento de odio , poniéndome en el lugar de aquellos que , nacidos en una humilde cuna y animados de una justa ambicion , intentaban adquirir lo que les habia injustamente reusado el orgullo de las clases elevadas ; ó bien en el caso de aquel que habiendo sido educado en los palacios , heredero de antiguos privilegios , no puede renunciar sin amargura á una posesion que creia ser una propiedad legítima. Puesto en una situacion semejante , no me es posible irritarme ni contra unos ni contra otros , sino que sin reusar mi compasion á los que combatieron , me complazco en admirar á las almas generosas.

ASAMBLEA CONSTITUYENTE.

CAPITULO PRIMERO.

Estado político y moral de la Francia á fines del siglo 18.
 — Advenimiento de Luis XVI. — Maurepas , Turgot y Necker son nombrados ministros. — Calonne. Asamblea de los notables. — Eleccion de Brienne para Ministro. — Oposicion del parlamento , su destierro y su vuelta. — Destierro del Duque de Orleans. — Arresto del consejero Despremenil. — Vuélvese á llamar á Necker y reemplaza á Brienne. — Nueva asamblea de los notables. — Discusiones relativas á los estados generales. — Formacion de los clubs. — Causas de la revolucion. — Primeras elecciones de diputados á los estados generales. — Incendio de la casa de Reveillon. — El Duque de Orleans ; su carácter.

Sabidas son las revoluciones de la monarquía francesa , y nadie ignora que los Griegos y despues los Romanos llevaron á las Galias medio salvages sus armas y su civilizacion , que detras de estos establecieron en ellas los bárbaros su gerar-

quia militar; que trasmitida esta gerarquía desde las personas á las tierras, llegó en cierto modo á inmovilizarse y se formó el sistema feudal. Repartióse la autoridad entre el gefe feudal, á quien llamaron Rey, y los gefes secundarios llamados vasallos, quienes eran una especie de reyes respecto de sus propios súbditos. Mas en nuestros tiempos en que la necesidad de acusarse hace que se escudriñen las faltas recíprocas, se nos ha dicho y repetido que á los principios fué disputada la autoridad por los vasallos, cosa que sucede siempre á los que están mas inmediatos á ella; que luego se la repartieron entre sí, que es de donde nació la anarquía feudal; y que últimamente volvió á pertenecer al trono, donde se convirtió en despotismo bajo Luis XI, Richelieu y Luis XIV. Fué progresivamente emancipándose la poblacion francesa por medio del trabajo, que es el primer origen de la riqueza y de la libertad. Agricultora á los principios y comerciante é industriosa despues, vino á adquirir tal importancia que pasó á ser ella sola toda la nacion, y aunque admitida como suplicante en los Estados generales, donde se presentaba de rodillas para que la *tallasen con piedad y misericordia*, no tardó Luis XIV en anunciar que no queria sufrir ni aun aquellas asambleas tan sumisas, y así se lo declaró al parlamento estando de botas y con el látigo en la mano. Vióse desde entonces al frente

del estado un Rey cuyo poder estaba mal definido en teoría, pero que era absoluto en la práctica; unos grandes señores que habian cambiado su dignidad feudal por las mercedes del monarca, y que se disputaban entre sí por medio de la intriga aquello que se les dejaba de la sustancia de los pueblos; vióse por bajo de ellos una inmensa poblacion sin otras relaciones con aquella aristocracia real que una sumision consuetudinaria y el pago de los impuestos. Mediaban entre el pueblo y la corte los parlamentos, revestidos de la autoridad de hacer justicia y de llevar registro de las voluntades del monarca. Pero es de esencia de la autoridad el ser siempre disputada, cuando no en las asambleas legítimas de la nacion, en los palacios mismos de los príncipes. Nadie ignora que con reusar los parlamentos registrar cualquier decreto, suspendian los efectos de la real voluntad, cuya divergencia terminaba ordinariamente por lo que se llamaba un *lit de justice**, en el cual se hacia una

* *Lit de justice*: literalmente esta palabra significa el trono mismo en que se sentaba el monarca cuando venia solemnemente á los parlamentos. En aquellos casos se rodeaba el solio de cinco almohadones y se cubria con un dosel. El rey se sentaba en uno de ellos, otro le servia de respaldar, descansaba los brazos sobre otros dos y ponía los pies en el quinto. Pero la acepcion general de esta voz es significar la sesion misma, en que la presencia del monarca recuerda las anti-

especie de transaccion cuando el Rey era débil, ó se sometian los parlamentos cuando era tenaz y poderoso. Nunca tuvo que transigir Luis XIV, por que durante su reinado ningun parlamento se atrevió siquiera á hacer la mas ligera observacion, sino que se llevó tras de sí á la nacion entera, que refundia en gloria suya todos los prodigios que hacia ella misma, así en la guerra como en las artes y las ciencias. Unánimes estuvieron los súbditos y el monarca en un mismo objeto mientras duró la vida de este último; pero apenas hubo espirado, cuando el regente ofreció á los parlamentos la ocasion de vengarse de su dilatada nulidad. Aquella voluntad del monarca que tan respetada habia sido durante su vida, fué violada inmediatamente despues de su muerte y anulado su testamento. En una palabra, volvió á ponerse en pleito la autoridad y principió una larga lucha entre los

guas asambleas generales *de los campos de Marzo ó de Mayo* que principiaron en tiempo de Felipe *el Largo*, segun consta de una ordenanza de aquel rey de 17 de noviembre 1318. En aquellas solemnes ocasiones que se verificaban rara vez, todos los dignatarios del parlamento se presentaban con togas encarnadas, y los príncipes de la sangre y magnates del reino se sentaban en unos bancos elevados, mientras que el mayor-domo mayor, el sumiller y el prevoste de Paris se acomodaban en los escalones del trono á los pies del rey. El canciller, los presidentes y consejeros ocupaban los bancos que habia en medio de la sala. (N. del T.)

parlamentos, el clero y la corte, en presencia de una nacion exáusta con prolijas guerras y cansada de subvenir á las prodigalidades de sus dueños, mientras estos se entregaban á los deleites ó á la manía de guerrear. Hasta entonces parecia no tener otra aficion ni otro ingenio que para el servicio y los placeres del monarca, mas ahora ya principió á servirse de uno y otro para su propia utilidad y para examinar sus intereses. El entendimiento humano pasa con facilidad desde un objeto á otro; y asi como antes las delicias del ingenio frances consistian en el teatro, en la elocuencia fúnebre y religiosa, pasó en la época de que hablamos al estudio de las ciencias políticas y morales, y este cambio produjo todos los demas. Figúrese el lector á los usurpadores de todos los derechos nacionales disputándose durante un siglo entero una autoridad ya desacreditada; á los parlamentos persiguiendo al clero; al clero persiguiendo á los parlamentos; á estos, contestando la autoridad de la corte; á la corte, distraida y muy serena en medio de la lucha, sin pensar mas que en devorar la sustancia de los pueblos entre los mayores desórdenes; á la nacion, enriquecida ya y despavilada, mirando la lucha, aprovechándose de las confesiones de los unos contra los otros, privada de toda accion política, dogmatizando con osadia é ignorancia porque no conocia mas que teorías, as-

pirando sobre todo á recobrar su rango en Europa, y derramando en vano sus riquezas y su sangre para reconquistar un puesto perdido por la debilidad de sus dueños, y se formará una idea cabal de la Francia en el siglo diez y ocho.

Ya habia llegado el escándalo á su colmo cuando subió al trono, siendo todavia muy joven*, Luis XVI, príncipe justo y moderado en sus gustos, educado con descuido, pero inclinado naturalmente al bien; y al momento llamó cerca de sí á un antiguo cortesano para confiarle la direccion de su reino, repartiendo su confianza entre Maurepas¹ y la Reina, que era una princesa joven, austriaca, viva y amable, y que tenía sobre él el mayor ascendiente. No se querian mucho Maurepas y la reina, y así el rey cediendo unas veces al ministro y otras á su esposa, principió muy temprano la larga carrera de sus incertidumbres. Como no se disimulaba á sí mismo el verdadero estado de su reino, creia sobre este punto lo que decian los filósofos; pero al mismo tiempo le alejaban de ellos los sentimientos cristianos en que le habian educado. Sin embargo la voz pública espresada de todas las maneras posibles, le designaba á Turgot², de la sociedad de los economistas, hombre sencillo, virtuoso, dotado de un

(*) En 1774.

carácter firme, de ingenio lento, pero tenaz y profundo. Convencido Luis XVI de su probidad y satisfecho con sus proyectos de reformas, decia muy á menudo: «los únicos amigos del pueblo «somos Turgot y yo.» Mas no pudieron realizarse las reformas de este ministro por la resistencia de las primeras clases del estado, como interesadas que estaban en conservar todos los abusos que aquel austero ministro queria destruir, y así se vió precisado el Rey á exonerarle con mucho sentimiento. Es digno de observar cómo la vida de este monarca no fué mas que un prolongado martirio, conociendo siempre el bien, deseándole con sinceridad y sin tener jamas la fuerza necesaria para ejecutarle. Colocado entre la corte, los parlamentos y el público, espuesto á las intrigas y sugestiones de todo género, tuvo que variar á menudo de ministros, hasta que cediendo por segunda vez á la opinion pública y á la necesidad de las reformas, tuvo que llamar á Necker³ para la administracion de hacienda. Era este un Genoves, que se habia enriquecido con operaciones de banca, partidario y discípulo de Colbert⁴, como Turgot lo era de Sully⁵; administrador económico é íntegro, pero vano y con pretensiones de ser el moderador de todas las cosas así en filosofía como en religion y en libertad, segun se lo habian persuadido los elogios de sus amigos y del público, y sobre todo

lisongeándose de poder conducir y detener las ideas en el punto en que se detuviesen las suyas.

Restableció Necker el orden en la hacienda pública y encontró recursos para subvenir á los considerables gastos de la guerra de América; porque aunque su talento no fuese comparable con el de Turgot, era mucho mas flexible y tenia la confianza de los capitalistas, con cuyo auxilio dispuso de sumas inesperadas é hizo renacer el crédito. Pero no bastaban los artificios económicos para terminar los apuros del tesoro y se puso á ensayar el medio de las reformas, contra las cuales no se mostraron mas dóciles con él las clases superiores que se habian mostrado con Turgot, y apenas se enteraron los parlamentos de sus intenciones cuando se reunieron contra él y le obligaron á retirarse.

Todo el mundo estaba convencido de los abusos y se hablaba de ellos en todas partes, cosa que no ignoraba el rey y que le hacia sufrir cruelmente, pero los cortesanos que disfrutaban de ellos, hubieran deseado sin duda que cesasen las escaseces del tesoro, con tal que á ellos no les costara el mas ligero sacrificio. Disertaban lindamente en la corte y propalaban máximas muy filosóficas, apiadándose durante la caza de las vejaciones que sufría el pobre labrador, y hasta se les oia aplaudir la emancipacion de los Americanos

y recibir con muchas honras á los franceses jóvenes que volvian del Nuevo Mundo. Tambien los parlamentos invocaban el interes del pueblo y alegaban para apoyar sus resistencias los sufrimientos del pobre, pero sin dejar por eso de oponerse á la reparticion igual de los impuestos, ni á la abolicion de los restos de la barbarie feudal. Todos hablaban del bien público, pero habia pocos que le quisiesen, y el pueblo que no distinguia todavia bien sus verdaderos amigos, aplaudia á todos los que resistian al poder, que era el enemigo mas aparente.

Con la separacion de Necker y de Turgot no se habia variado el estado de las cosas, sino que continuaba la estrechez del tesoro, y aunque con mucho gusto se hubieran pasado largo tiempo sin la intervencion de la nacion, era necesario vivir y suministrar para las prodigalidades de la corte. Por mas que por el pronto se ladeaba la dificultad con la destitucion de un ministro, con un empréstito, ó con una contribucion forzada, volvía muy luego á renacer con mayor fuerza, como sucede con todo mal que se descuida. Perdian el tiempo, como sucede siempre, en dudas cuando era necesario tomar una resolucion temida, pero necesaria; y entretanto una nueva intriga trajo al ministerio á M. de Calonne ⁶, poco grato á la opinion pública por haber contribuido á la persecucion de La-Chalo-

tais ⁷ en 1783; pero Calonne tenia un talento brillante, era fecundo en recursos, contaba con su ingenio, con la fortuna y con los hombres, y se entregaba al porvenir con la mas admirable indiferencia. Era de opinion que nadie debe inquietarse anticipadamente, ni sondar el mal hasta la víspera misma de repararle, y no solo sedujo á la corte con sus modales, sino que la cautivó con su facilidad para conceder cuanto le pedian, proporcionando, asi al Rey como á todos, algunos instantes de reposo, y logrando que á los antiguos y fúnebres presagios sucediese un momento de felicidad y de ciega confianza.

Pero se iba acercando aquel lóbrego porvenir con que se habia contado y era necesario al fin tomar medidas decisivas, porque las cajas estaban exhaustas y no se podia recargar mas al pueblo. Solo habia un medio de hacer frente á todo, que era el de reducir los gastos suprimiendo las mercedes, y aun este medio no bastaba sin estender el pago de contribuciones sobre mayor número de contribuyentes, es decir, sobre la nobleza y el clero. Mas estos mismos proyectos sucesivamente intentados por Turgot y por Necker y reproducidos por Calonne, no le parecian ejecutables á este último sino en el caso de ser consentidos por los mismos privilegiados. Para ello discurrió Calonne que lo mejor seria reunirlos en una asamblea llamada de los

Notables, á fin de someter á su examen los planes y arrancar su consentimiento, ya con astucia ya por conviccion. Esta asamblea, que se abrió el 22 de Febrero de 1787, estaba compuesta de grandes, elegidos entre la nobleza, del clero y de la magistratura; de una multitud de relatores del consejo de estado, á quienes llaman *Maitres des requêtes*, y de algunos magistrados de provincia. Con tal reunion, y sobre todo con el auxilio de los grandes señores populares y filósofos á quienes Calonne habia tenido cuidado de nombrar, contaba con un éxito seguro.

Pero se equivocó el nimiamente confiado ministro, porque la opinion pública no le perdonaba que ocupase el puesto de Turgot y de Necker, y veia con mucho placer que se pidiesen cuentas á un ministro, por lo cual apoyó la resistencia de los notables. No dejaron de ser animadas las discusiones entre ellos, y Calonne cometió la falta de echar la culpa á sus predecesores y en particular á Necker del estado del tesoro, á lo cual respondió este último; creyeron adelantar con desterrarle y solo se consiguió la oposicion. Calonne resistió á todo con serenidad y presencia de ánimo, é hizo que se destituyese al guarda sellos M. de Miromenil ⁸ que conspiraba con los parlamentos. Pero su triunfo no duró mas que dos dias, porque aunque le apreciaba el rey y le habia prometido mas de lo que podia comprometiéndose á sostenerle, tuvo

que ceder á las representaciones de los notables , quienes prometian acomodarse á los planes de Calonne , con tal que se confiase su ejecucion á un ministro mas morigerado y mas digno de confianza. Entonces la reina, sugerida por el abate de Vermont ⁹ , propuso é hizo aceptar al rey un nuevo ministro , que fué M. Brienne ¹⁰ arzobispo de Tolosa y uno de los notables que mas habian contribuido á la pérdida de Calonne , con la esperanza de sucederle , como en efecto le sucedió en el mes de abril de 1787.

Este arzobispo de Tolosa , que reunia á un carácter muy débil una tenacidad á toda prueba , habia estado soñando en el ministerio casi desde la infancia, y no perdonaba medio hasta conseguir el objeto de sus deseos. El apoyo principal con que contaba era el de las mugeres , á quienes procuraba agradar á fin de que en todas partes ponderasen su administracion del Languedoc , y aunque no consiguió al llegar al ministerio aquella popularidad con que fué recibido Necker , tuvo á lo menos á los ojos del público el mérito de haber sucedido á Calonne. Por el pronto no le nombraron primer ministro , pero no tardó en conseguirlo con el auxilio de Lamoignon ¹¹ , que era guarda sellos y enemigo implacable de los parlamentos , y asi principió su carrera con bastante reputacion. Ya que los notables estaban comprometidos con sus

promesas , se apresuraron á conseqtir aquello mismo que habian reusado á los principios , y se concedió con cierta afectacion el impuesto territorial , el del papel sellado , la supresion de las gabelas y las asambleas provinciales , dando á entender que no se habia resistido á estas providencias , sino al autor de ellas , con lo cual quedó triunfante la opinion pública. Cargó Calonne con la malevolencia universal , pero por mas aplaudidos que estuviesen los notables , sentian en el alma un honor adquirido á precio de tan costosos sacrificios. Si M. de Brienne hubiera sabido aprovecharse de tan ventajosa situacion y hubiera proseguido con actividad la ejecucion de las medidas consentidas por los notables , presentándolas á un tiempo y sin dilacion alguna al parlamento , cuando parecia forzada la adhesion de las primeras clases , hubiera sido tal vez un negocio concluido , por que el parlamento cercado por todos lados hubiera consentido en todo , y aunque parcial y forzada la transaccion , habria retardado por largo tiempo la lucha que no tardó en sobrevenir.

Pero precisamente se hizo todo lo contrario , pues que se la aceleró á fuerza de dilaciones imprudentes , sin presentar los decretos sino uno despues de otro , y el parlamento tuvo tiempo de discutir , de recobrar ánimo y de reponerse de aquella especie de sorpresa que se habia hecho á los no-

tables. Registró por fin despues de largas discusiones el que era relativo á la segunda abolicion de las gavelas y otro que permitia la libre esportacion de granos; mas no podia disimular el odio que tenia contra la subvencion territorial, aunque temia por otra parte reusarla por no hacer ver al público que su oposicion era puramente interesada. Sacóle de este aprieto la presentacion simultánea que se le hizo del decreto sobre el papel sellado y el de la subvencion territorial, y sobre todo el principiarse la discusion sobre el primero, porque pudo el parlamento reusar este sin explicarse sobre el segundo y tuvo aire de defender los intereses públicos contradiciendo el impuesto del sello. En una sesion á que asistieron los pares, denunció los abusos, escándalos y prodigalidades de la corte, y pidió el estado de los gastos. Oido lo cual por un consejero que quiso aprovecharse del equívoco, dijo: « no es el estado, sino *los Estados generales* los que nos hacen falta por ahora. » Todo el mundo se quedó admirado de aquella peticion tan inesperada, y así fué que si hasta entonces se habia estado resistiendo por que se sufría, y se habia mirado con apego toda clase de oposicion á la corte, fuese ó no favorable á la causa popular, era porque no se sabia qué solicitar: como que acostumbrada la nacion á no tener el menor influjo en el gobierno ni hacer otra cosa que quejarse, no concebía

siquiera la idea de obrar ni mucho menos de hacer una revolucion. Pero aquella sola palabra presentó el objeto que se deseaba y cada cual empezó á repetirla pidiendo á gritos los Estados generales.

Uno de los que se mostraron mas violentos declamadores parlamentarios fué un consejero jóven llamado D'Espremenil ¹², orador acalorado, demagogo en los parlamentos, aristocráta en los estados generales y que fue declarado en estado de demencia por un decreto de la asamblea constituyente. Pero quien dirigia secretamente la oposicion era el jóven Dupont ¹³, mozo de gran talento, de carácter firme y constante, y el único acaso que en medio de aquellas turbulencias se proponia un porvenir y queria conducir su corporacion, la corte y la nacion entera, hácia un objeto muy distinto de una aristocracia parlamental.

Estaba dividido el parlamento en consejeros viejos y jóvenes, queriendo los primeros hacer contrapeso á la autoridad real para dar importancia á su cuerpo, mientras que los segundos, mas fogosos y sinceros, pretendian introducir la libertad en el estado, aunque sin trastornar el sistema político en que habian nacido. Era grave sin duda la confesion que acababa de hacer el parlamento, pues que reconocia no tener facultad para consentir los impuestos, sino que solo pertenecía á los estados generales el derecho de establecer-